

¡Salve, América!

¡Oh América!
Permite
que tu glorioso numen
me dé ardor suficiente
para decirte: «¡Salve!»

Quiero decirte «Salve»
en estas horas magnas
en que el mundo se mueve
violentamente, y tú eres
un cáliz rebozando
las esperanzas cálidas.

Quiero decirte «Salve»
con todos mis sentidos,
religiosamente,
como aquellos indígenas
ante ídolos de oro
antes de que llegara
Colón el Almirante.

Permite que te hable
hoy, día en que tengo
la mente recargada
de líricas visiones,
con el fervor de un hijo
que siente que en sus venas
camina sangre pura,
sangre pura y fecunda
como las aguas limpias
que atraviesan cantando
tus soledades vírgenes!

Quiero cantarte, América:
y querría por eso,
hacer vibrar las fibras de mi alma
con un ebúrneo plectro
de brillo soberano...
Quiero cantarte, América,
con todos los ardores,
con el fervor más grande
de quien siente el orgullo
de ser americano!

Tú puedes alentarnos,
puedes fortificarnos
como ya lo habéis hecho:
concentrando la mente
de los hombres de ciencia,
presentando paisajes
de ensueño a los poetas
y haciendo ante los ojos
de los agricultores
mundos de fantasía
con rosadas, purpúreas
y blancas florescencias.

América,
deidad fascinadora,
fecunda cual la tierra
que te dieron los cielos,
y bella como una
divinidad olímpica...

¡Oh América!
Turris ebúrnea del planeta
en que los sacerdotes del futuro

—futuro que es mañana—
entonarán sus himnos
que como mariposas
se irán a los jardines
en flor de las alturas,
allá do está tu numen
radiante y pensativo
inspirando tus poetas,
alumbrando tus sabios
y filósofos
y cuidando tus joyas
de olímpica hermosura!

América,
tu mañana glorioso
tiene una base firme:
tu mañana se yergue
sobre el granito fuerte
de tus antiguos hombres:
indios de piel oscura
pero de alma clara,
indios que fueron dignos,
sobradamente dignos
de ser llamados *hombres*.

Y sobre ellos hoy se habla:
hay deseos de saber
su muy remoto origen,
hay deseos de saber
cuál fué la buena tierra
que produjo esos bravos
y valerosos hijos.

Unos hay que afirman
que vinieron un día
de las estepas frías
y lúgubres del Asia,
pero hoy parece cierto
que fueron los sufridos
y laboriosos hombres
que otro tiempo vivieron
sobre el suelo fecundo
de la Atlántida.

Pero, no nos importe
saber su procedencia;
impórtenos saber
que aquellos bravos indios
para quienes lo malo
fué simplemente una
revelación quimérica,
tomaron su coraje,
valor y gallardía
de tus entrañas vírgenes
de las entrañas puras
y tuyas, Santa América!

Fuiste pródiga, buena:
infundiste en tus hombres
tu ardor sano y eterno,
tu gran ardor volcánico,
que brillaba en los ojos
de tus soberbios hijos
con un semidivino
furor caupolicánico.

Aquellos hombres fueron
indios de piel morena
como la arena tibia
de los desiertos áridos;
indios dignos de gloria
que después del oscuro
y fiero coloniaje
se quedaron enjutos,
taciturnos y escuálidos.

Sin embargo, su nombre
será eterno y ardiente,
y al través de la historia
ha de brillar, flamígera,
el alma palpitante
que enardeció la sangre
y agitó las entrañas
calientes del indígena.

Porque su alma fué grande,
y el frenesí supremo
que hervía y que animaba
las fibrás de sus músculos,
fué un frenesí tan puro
y un frenesí tan noble;
brillarán en la historia
como nubes violáceas
pasando ante el incendio
feroz de los crepúsculos.

Sí; ante el ocaso lánguido
que es la página blanca
y eterna de la historia,
en loor a los indios
sonarán las trompetas
broncíneas y potentes
los regios paladines
venidos de la gloria!

Después de mucho tiempo,
tal vez, cuando se quiera
representar orgullo
valor y bizarría,
se grabará un indígena
sobre una plancha de oro,
y el indio será de oro
como el fuigor del día.

Y ante tal indio de oro
los hombres algún día
evocarán el brillo
de los tiempos pasados,
y verán que si Grecia
dió filósofos altos
el Nuevo Mundo dio hombres
viriles y fornidos,
orgullosos y honrados.

Y si alguien objetase
que fueron todos ellos
cruelles y belicosos,
podríamos combatirle
con sólo un argumento:
su estrella fué ser hombres
soberbios, altaneros,
fuertes y valerosos.

Despreciaron el oro
en el sentido en que hoy
los hombres lo veneran,
y sólo lo admiraron